

La poesía dramática

DE MARQUINA

EN anterior comentario, que prometimos concluir, decíase que Eduardo Marquina no era poeta lírico, sino poeta dramático. El auténtico Marquina está, efectivamente en «Las Hijas del Cid», en «Doña María la Brava», en «En Flandes se ha puesto el Sol», en «El rey trovador», en «El Gran Capitán»... Y ésta,—después ya veremos que tiene importancia este *después*—en «El pobrecito carpintero», en «Fruto Bendito», en «La ermita, la fuente y el río», en «Fuente escondida», en «La vida es más», en «Lo que Dios no perdona»...

Subrayábamos, cuán justa, exactamente, se le llamó poeta de la raza. Porque los personajes marquinianos erguíanse sobre la escena universal con todas las virtudes y todas las gallardías y todos los sueños de la raza española, invencible aun después de la derrota, caballerosa e hidalga siempre en sus victorias. Que si «no puede esclavo ser—pueblo que sabe morir», tampoco es digno de la victoria que logró quien rompe la espada que el vencido le entrega, y le arroja al rostro los pedazos—digámoslo así, recurriendo a un simbólico eufemismo—. Ello explica que las gentes de fuera hayan tomado siempre tan en serio nuestro buen teatro histórico o legendario; por cuanto la fantasía, emprendiendo sus vuelos hacia el más alto cielo de lo poético, arrancaba, invariablemente, de realidades de las que tales gentes no podían dudar. La frase más tronante, el verso más altanero, nunca pudieron achacarse a fanfarría. Los cañonazos poéticos, por decirlo así, de Bernardo López no eran sino el renovado eco de los que realmente habían sonado, atronando oídos extranjeros. Es la respuesta que da eternamente Castilla, la que «face sus omes e los gasta».

Mas después—he aquí el interesante después—Marquina vuelve los ojos a la realidad circundante, y es entonces cuando comienza a crear hombres en lugar de personajes, adentrándose en un teatro sencillamente humano. Cumbre representativa de esta segunda época marquiniana, es *La ermita, la fuente y el río*. «Es la verdadera tragedia rústica», afirmó Manuel Machado; añadiendo: «cuando las figuras dramáticas encarnan cada una un aspecto de alma campesina, los personajes pueden ser tan *heroicos* como los mismos semidioses». Creemos, por nuestra parte, que los hombres y las mujeres que en esta obra cruzan la escena, no son «personajes». «Personas del drama» les llamó el propio Marquina, recordando la clásica denominación.

En definitiva, debemos a Marquina la dignidad del teatro—en verso—contemporáneo. Excepciones, sí, las obras de los Machado, las primeras de Ardevín (de las últimas, ¡líbranos Señor!) y hasta alguna de Dicenta. Todo lo demás, atentados literarios de Manzano, Góngora, Serrano Anguita y Compañía.

«En la gran constelación del Siglo de Oro—escribe Pérez de Ayala—fulguran varios nombres gloriosos: Lope, Calderón, Tirso, Alarcón, Guillén, Rojas, Moreto. Pero, salvo Lope y Calderón (y acaso Tirso), los demás, aunque admirables dramaturgos, no eran poetas dramáticos, ni pretendían serlo, bien que escribieran en verso, por imperativo de los gustos de la época. Desde Calderón y Lope tenemos que dar un brinco más que regular hasta caer en Zorrilla... Y de entonces acá, Marquina. En resolución: supuesto que los excelentes poetas dramáticos de la literatura española no pasen de la media docena, uno de ellos es Eduardo Marquina. En esta conclusión no hay hipérbolo. Creo que la suscribirá el historiador literario más ponderado y severo.»

Eduardo Marquina, como Jacinto Benavente, tiene bien ganado su puesto en la historia de nuestra literatura. Encierra, después de todo, una triste ironía que a la gloria se llame «el sol de los muertos». A los muertos, se les perdona fácilmente que hayan sido geniales.

José S. Serna.